



EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1843

Horas: de 9 mañana a 4 tarde

SUMARIO

CÉSAR JALÓN
Sección vermouth.

F. SERRANO BAENA
Del cristal con que se mira.

GUY DE MAUPASSANT
María Baranow.

F. DE LA ESCALERA
La risa va por barrios.

FRANCISCO E. CABEZAS
Cuaresmal.

NUESTRAS ARTISTAS
Y LA GUERRA
Paquita Escribano.

ANGEL G. LUGEA
La canción del hastío.

J. PEREZ RAMIREZ
Billetes perfumados.

LUIS ESTESO
... Y vamos tirando.

TOVAR, OTELO,
PACO MATEOS y TINO,
Varios dibujos y retrato de
«Chisperita».

CARAS BONITAS



«CHISPERITA»

Una mujer de una vez, y, además, una gran artista.
El que lo dude y quiera comprobar estos calificativos,
que se dé una vuelta por el Madrileño.

5 cénts.

SECCION VERMOUTH

AVES DE PASO

Este año todo se anticipa, si no es el dinero y las cosas de comer, que, con el achaque de la guerra, se están poniendo, como dice mi vecina, que «dentro de poco no sabrá una qué va á llevarse á la boca».

Se anticipó la llegada de la primavera, aunque luego Marzo, mes jaque y varonil, haya vuelto el rabo.

Se anticipó, como seguro, el triunfo de los mauristas en las elecciones á diputados provinciales, siquiera el triunfo del domingo, es decir, del domingo de triunfo, sea debido á las hojas secretas que una larga cola de sacerdotes repartía, con la fórmula de «sólo para hombres», en la calle Mayor.

Y se anticipó la venida de las aves de paso

Claro está que no nos referimos á la obra

LA EMPLEOMANÍA



He aquí una «bacante» que va á ser ocupada de un momento á otro.

de Juan Pérez, estrenada días atrás en la Comedia.

Fueron esas *Aves de paso*, dicho sea de paso, las únicas que no han logrado «pasar» por esta vez.

Las aves que han pasado triunfalmente el Estrecho, aparte las codornices, son muy de otro género; de un género bastante más alegre que el de la comedia de Juan Pérez.

Son de un lado, esto es, de Caracas, los novilleros que han de cantar, y puede ser que también bailar, en nuestros cosos taurinos. ¡Pastoret! ¡Amuedo! ¡Pedro López! ¡Esquerdo!

Todos ellos, pájaros de cuenta y que se traen lo suyo, como podrá verse.

Gaspar Esquerdo, sin ir más lejos (aunque Caracas no debe estar al lado de casa), se ha traído, según cuenta su mozo de espaldas, los siguientes enseres: Siete orejas; dos sombreros de los que le echaron al ruedo; algún cigarro puro, y veinte loros. ¿Les parecen á ustedes pocas aves? ¡Como si no tuviésemos bastante con los que bajan los domingos á la Bombilla!

Si los compañeros de Gaspar no le han ido en zaga, no hay para qué decir que en los *restaurants* madrileños el plato de ave va á ser el plato del día.

Las otras aves recién llegadas son de más cuidado. Se trata de unas riquísimas hijas de Alah, que entraron en Cádiz por el correo de Tánger la semana pasada.

Las distinguidas moras pasaron el Estrecho, sin preocuparse de las molestias de la estrechez, é hicieron tierra en la populosa ciudad, célebre por las Cortes.

Allí entraron, según afirmó la Prensa, lujosamente ataviadas y con gran aparato de criados y eunucos.

Los pobres eunucos, siempre sumisos, no protestaron ni del lujoso atavío, ni si quiera del gran aparato en que la Prensa les incluyó.

Cuanto á sus amas, que, según especificaban los diarios, pertenecían, por lo visto, al harem del jalifa, comieron al estilo

LOS DE CUOTA



—¡Vaya un sastrecito que tenéis en el regimiento! ¿Sabes por qué te lo digo?

—Sí, mujer. Por el corte de mangas que me ha hecho.

de su país y salieron de naja, á media noche —sin perder el estilo— para Algeciras.

Parece que estas aves de paso despertaron, á su ídem por Algeciras, gran curiosidad.

Y no es extraño; porque, si salieron á media noche, la hora era muy á propósito para despertar á cualquiera.

Más rara es la suposición de la Prensa diciendo que, «por lo visto», pertenecían á un harem... ¿Qué «verían» los periodistas para hacer tamaña deducción?

¡Allá ellos! La cuestión es que se ha anticipado la llegada de las aves de paso, y que las moras, á juzgar por lo que á mí me gustan, son un anticipo nada despreciable.

CÉSAR JALÓN

... Del cristal con que se mira.

Si cualquier artesano sobre su esposa deja caer la mano y le suelta una torta, todo el barrio en masa —aunque nada le importa— como un solo vecino, recrimina al indino, y le llama «marrano» y cobarde y «cochino», porque á pegarle á ella se propasa.

En cambio, un elegante, que es muy fino, educado y muy galante, se la pega á su esposa... con cualquiera amante, y... ¡como si tal cosa! aunque el delito es grave, queda en la impunidad, porque nadie lo sabe; y si lo sabe alguno, no concede importancia al sucedido, porque ¿qué cosa más lógica que uno se la pegue algún día á su mitad?

Es una iniquidad; ¡pero es cosa muy propia del marido!

FRANCISCO SERRANO BAENA

DE LAS ELECCIONES



—¿Vas á colocarme á Carlitos?

—Sí, mujer; pero cuando acabe el período electoral.

—Pues, hijo, nunca creí que hubiese un período tan largo.

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

María Baranow Érase la condesa María Baranow, gran señora, de extraordinaria belleza y de muy notable distinción.

Su médico la veía amenazada de una afección pulmonar, y procuraba decidirla á venir al Mediodía de Francia; pero la condesa se resistía á salir de San Petersburgo. Por fin, el pasado otoño, consi derándola perdida, el marido ordenó á su mujer que partiera en seguida para Menton.

María Baranow tomó el tren, sola en su coche, puesto que los criados ocupaban otro departamento.

Iba apoyada en la portezuela, muy triste, viendo pasar fugaces los campos y las aldeas, y considerándose abandonada y en el mayor aislamiento, sin hijos y con un marido que la enviaba al fin del mundo, como se envía al hospital á un lacayo en-

PENSANDO EN EL AUSENTE



—¡Oh, el amor, el amor! Ya lo dijo Camprodón:

«¡Si en el alma vive oculto,
con la ausencia crece más!...»

Si es verdad que con la ausencia crece más, que se esté por allí dos meses...

fermo, sin amor y sin interés, por pura cortesía.

Al detenerse el tren en las estaciones, su criado Ivan se presentaba á preguntar á su señora si necesitaba algo.

Llegó la noche y el tren marchaba á toda velocidad.

La condesa no podía conciliar el sueño, agitada, sin duda, por la tensión nerviosa que experimentaba. De pronto se le ocurrió la idea de contar el dinero que en oro francés le había entregado su marido en el momento de partir.

Abrió su saquito de mano y vació sobre su falda la ola de metal.

Pero una ráfaga de aire frío le azotó de pronto la cara, y levantó la cabeza sorprendida.

Acababa de abrirse la portezuela del coche. María Baranow, llena de espanto, cubrió bruscamente con un chal el dinero que tenía esparcido sobre su falda, y esperó.

Trascurrieron algunos segundos, alcabo de los cuales se presentó un hombre sin sombrero en la cabeza, herido en una mano, vacilante, y en traje de sociedad. Cerró la portezuela, sentóse en frente de la condesa; luego cubrió con un pañuelo una de sus muñecas, de la que brotaba sangre.

María Baranow se moría de miedo. Indudablemente aquel hombre había visto contar su dinero, y había entrado allí con objeto de robarla y asesinarla.

El desconocido dijo de repente:

—Oigame usted, señora: no soy un mal hechor. Pero estoy perdido para siempre si no me ayuda usted á pasar la frontera. No puedo decir una palabra más acerca del asunto. Dentro de una hora llegaremos á la última estación rusa, y dentro de una hora y veinte minutos haremos traspuesto los límites del Imperio. Si usted no me protege, soy hombre muerto. Sin embargo, señora, no he matado ni robado á nadie, ni he cometido acto alguno contrario á las leyes del honor.

La condesa continuaba inmóvil y silenciosa. Poco á poco se iba tranquilizando.

El desconocido, que era hombre de treinta años, y de aspecto caballeresco, estaba

pálido como un muerto.

El tren volaba en medio de las tinieblas, lanzando desgarradores silbidos, moderando á veces su marcha y volviendo á partir luego á toda velocidad.

Luego se detuvo en firme, y á los pocos instantes se presentó Ivan ante la portezuela.

La condesa Maria dirigió una mirada á su compañero, y después dijo en tono brusco á su criado:

—Ivan, vas á regresar á San Petersburgo, porque ya no te necesito.

El fiel servidor miró con asombro á su ama, y exclamó:

—Pero, señora...

—He cambiado de parecer, y deseo que permanezcas en Rusia. Toma, ahí tienes dinero para tu regreso. Dame tu capa y tu gorra.

El criado obedeció sin contestar, sometiéndose como de costumbre, á los irresistibles caprichos de la condesa, y alejándose con los ojos inundados de lágrimas.

El tren reanudó su marcha hacia la frontera.

Entonces dijo Maria á su vecino:

—Esto es para usted, caballero. Desde este momento es usted mi criado Ivan. No exijo más que una condición por lo que hago.

—¿Cuál, señora?

—Que no vuelva usted á hablarme en su vida, ni para darme las gracias por el favor que le presto.

El desconocido se inclinó sin pronunciar una palabra.

No tardó en detenerse nuevamente el tren, que fué visitado por tres funcionarios vestidos de uniforme.

La condesa les presentó varios papeles, y señalando al hombre que estaba sentado en el fondo del coche, les dijo:

FRANCÓFILA MODERADA



—¿De modo que simpatizas con las grandes potencias aliadas?

—Hombre, me conformo con que sean potencias, aunque no sean grandes.

—Ese es mi criado Ivan, y aquí está su aporte.

El tren reanudó la marcha.

Durante toda la noche guardaron los dos viajeros el más profundo silencio,

Al amanecer, cuando el tren llegó á una estación alemana, bajó del coche el desconocido y habló así á la condesa, de pie junto al estribo:

—Dispéñseme usted, señora, el atrevimiento de que falte á mi promesa. Pero le he privado á usted de su criado, y es justo que le sustituya. ¿Se le ofrece á usted algo?

La condesa contestó con frialdad:

—Vaya usted á buscar á mi doncella.

El desconocido desapareció y no volvió

velando que se hallaba poseído de un profundísimo dolor.

Aquella misma noche dije á la condesa que un caballero ruso había ido á preguntarme por su salud.

Entonces Maria Baranow me refirió, conmovida, la historia que acabo de contar á ustedes.

Y luego añadió:

—Ese hombre, á quien no conozco, me sigue como mi sombra. Le veo cuando salgo, y él me mira de un modo muy singular, sin que haya vuelto á dirigirme la palabra. Apuesto cualquier cosa á que esta ahí, ante mis ventanas.

La condesa se levantó de su amplia butaca, recorrió su cortinaje y me hizo ver al hombre que me había visitado el día anterior.

El desconocido notó nuestra presencia y se alejó sin volver la cabeza.

Entonces comprendí que se trataba de un fenómeno sorprendente y doloroso: del mudo amor de dos seres que no se conocían.

El ruso estuvo después varias veces en mi casa, y al oír mis terribles pronósticos, lloraba como un niño.

La condesa, por su parte, me decía:

—No le he hablado más que una vez en mi vida, y, sin embargo, me parece que le conozco desde hace veinte años.

Cuando se encontraban en el paseo se cambiaban el saludo. La condesa se consi-

deraba dichosa al verse amada con tanto respeto, tanta abnegación, tanta constancia y tanta poesía.

Y, sin embargo, se negaba á recibirle, á hablarle y á conocer su nombre.

—No, no —decía—; no conspiraré contra nuestra rara amistad, y es preciso que permanezcamos ajenos el uno al otro.

En cuanto al desconocido, era una especie de Don Quijote, porque nunca dió paso alguno para acercarse á ella, y quería mantener hasta el fin la absurda promesa que, de no volver á dirigirla la palabra, le había hecho en el tren.

La condesa dejó de existir á las diez de una hermosa mañana de primavera.

Cuando salí de la casa mortuoria se me

DEL REFRANERO



—Dice el refrán que antes que te cases, mira lo que haces... ¡Cuando hay que mirarlo es después!

á dirigir la palabra á Maria, limitándose á contemplarla desde el andén en las estaciones del tránsito.

Pocas horas después entraba el expreso en Menton.

El doctor suspendió su relato durante un segundo, y luego añadió:

—Cierta día, á la hora de mi consulta, entró en mi despacho un joven, el cual me dijo:

—Vengo, doctor, á pedir á usted noticias de la condesa Maria Baranow. Soy, aunque ella no me conozca, un amigo de su marido.

—No hay remedio para ella, y por lo tanto, no volverá á Rusia.

Y aquel hombre empezó á follozar, re-



Nuestras artistas y la guerra.

Paquita Escribano ante el enemigo.

Si las bambalinas del Teatro de la Zarzuela hablasen —cosa que no tendría nada de particular, pues al fin y al cabo son seres mucho más animados que algunos de los diputados provinciales de la última, y aun de la antigua hornada—; si las bambalinas pudiesen decir con palabras por qué temblaron de gusto noches atrás, al inaugurarse una corta temporada de varietés, pronunciarían un nombre capaz de explicar lo todo: Paquita Escribano.

¡Sí, señores; las cosas, claras.

Yo sentiré muchísimo que la empresa de las Soirées Fémina haya ganado dinero, porque su organizador es un danzante que no me inspira la menor simpatía; pero no puedo menos que

hacerle justicia reconociéndole gusto artístico.

La adquisición de Paquita Escribano ha sido toda una adquisición, y gracias á la iniciativa de esa empresa, hemos podido

comprobar los aficionados madrileños que la señorita Escribano es la estupenda canzonetista que desde sus comienzos prometía ser, y que ni los empresarios del género, ni ella misma, tienen derecho á privarnos de su actuación en Madrid.



Paquita Escribano.

Alguna vez se vió el Teatro de la Zarzuela tan colmado de público como la noche del debut de Paquita; pero ya había llovido desde entonces.

Ofrecía el teatro aspecto imponente, así por la cantidad como por la calidad de la concurrencia.

¿Sería este momento en que las

«JOCKEYS» A SUELDO



El.—Pues yo, en tu pellejo, no montaría hoy, Ro.ita.

Ella.—Ni yo, de buena gana; pero se me acabó el dinero, y no tengo otro remedio que hacer la carrera.

más valientes tiemblan, momento oportuno para entrevistar a la estrella? Claro que no. Pero pensando en los muchos periodistas inoportunos que en el mundo han sido, irrumpimos en el camerino de la señorita Escribano.

Guapa, guapísima, tocada con su mantilla de madroños y dispuesta ya a salir a escena, Paquita nos recibió afablemente y en dos palabras nos puso al tanto de nuestra entrevista.

—La guerra —comenzó diciéndonos— no me ha perjudicado lo más mínimo. Ahora, como antes, me sobran contratos.

Claro está que me preocupa y que, a veces, siento un miedo enorme.

Miren ustedes; hace pocas noches soñé que los alemanes habían pasado el Ebro.

—¡Anda!

—¡Oh, sí, sí! Los vi exactamente. Entraban en barcas. En una iba un señor que, á juzgar por los bigotes, debía ser el kaiser. De cuando en cuando se los acariciaba nerviosamente, y luego, estirando el brazo, decía: «¡Fuego, fuego!»

—Pero, ¿con qué tiraban?

—Pues, la verdad, en eso no me fijé; pero creo que tiraban... con bala.

Aún hubiésemos disfrutado un buen rato de la encantadora charla de Paquita, á no haberlo impedido el timbre llamando á escena.

—¡Ea, señores! Me voy. Me espera ahí fuera otro enemigo, y voy á ver si yo también paso el Ebro. Conque, ya lo saben ustedes: la guerra no me ha perjudicado más que en algún que otro susto, y para eso, en sueños.

Y pasó el Ebro. ¡No había de pasarlo! Poco después el Teatro de la Zarzuela parecía venirse abajo al estruendo de una clamorosa ovación á la hermosísima cupletista...

La canción del hastío.

I

¿Qué tristeza me embarga para no ver
[la vida
sonriente y sentirme satisfecho de tí?

¿Qué huracán ha aventado la ilusión flo-
[recida
en mi alma, al milagro de tu abrazo gen-
[til?

¿Por qué ya tus sonrisas no estremecen
[mis nervios
y te estrecho en mis brazos con ardiente
[ansiedad?

GEDEÓNICOS



—¡Uf! Ya te han cambiado otra vez el sombrero en la peluquería.

—Pues hija, en lo sucesivo, me cortaré el pelo con el sombrero puesto.

¿Por qué empañan el cielo de mi mente,
[soberbios
pensamientos de odios á tu inmensa bel-
[dad?

En el alto relieve de tu pecho divino
se posó mi cabeza coronada de vid,
y escanciado en tus manos me embriagó
[el rancio vino
voluptuoso, extraído de las rosas de Abril.

El hechizo lascivo de tus verdes ojeras,
fué á la luz de la luna mi arco iris sensual,
al urdir un soneto de catorce quimeras
emergidas del cáliz del pecado mortal.

La fingida pureza de tu cuerpo no pudo
apagar el incendio de mi sangre viril,
y anhelé poseerlo palpitante y desnudo,
en un lecho de flores elegidas por mí.

II

Fué una orgía romana nuestra noche
[de bodas...
Encendida la hoguera del volcán del amor,

se agitaron mis carnes, sublimadas por
[todas
las enormes caricias de tu loca pasión.

Harto, al fin, de placeres, extenuado,
[rendido,
rehusé tus abrazos de insaciable mujer.

No me obligues á amarte con exceso. Yo
[he sido
una mosca en la tela de araña del burdel.

No me importa el castigo de tus sabios
[desdenes:
moriré entre tus brazos si me dejas llevar
de tus frases galantes y engañosas, que
[tienes
la manzana del árbol de la ciencia del mal.

No me mires. Tus ojos, que los míos be-
[saron,
son puñales que hieren mis entrañas, y
[en el
pebetero de tu alma mundanal, se que-
[maron
para siempre las alas de mi hidalga altivez.

¿Qué tristeza me embarga para no ver
[la vida
sonriente y sentirme satisfecho de ti?

No lo sé. Por el oro de mi sangre vertida,
te suplico no intentes acordarte de mí.

ANGEL G. LUGEA

DEL MISMO GUSTO



El.—¡Oh, á mi gustarme cuanto más gordas, mejor!

Ella.—Y á mí también. Somos del mismo gusto.

Billetitos perfumados.

Mi queridísimo Luis: Mañana, domingo, me toca confesar en las Clarisas. Sin tiéndolo mucho, porque te quiero muchísimo, te aviso que no vengas esta noche, porque... Tú sabes por qué, Luisito, pillín... Luego, no es hablar solamente lo que hacemos... Mañana, confesaré temprano, á las siete; de modo que te espero al salir de la iglesia, y hablaremos después en la ventana del rincón...»

«Juan mío: *El* está hoy pescando y no nos pescará á nosotros... Hace la friolera de cinco días que no te veo, picarón. ¿Sabes lo que ha dicho ese sinvergüenza Rodríguez? Que parece mentira que mi marido salga tanto de casa, para que luego entres tú tan tranquilamente... ¿Y no parece mentira que no quieras venir tú á ver á tu niñita, sabiendo que mi señor esposo me deja sola con tanta frecuencia?...»

Estimado amigo Rogelio: He leído muy detenidamente su carta, bastante atrevida por cierto. Debe usted considerar que mi marido está de viaje... Pero, como ni en una tarjeta ni en una carta me podría extender lo debido en explicarle las causas de mi negativa, tratándose de usted, que tanto merece mi aprecio, procuraré hacerle ver, de palabra, lo equivocado de sus pretensiones. Para que no nos vean hablar ciertas personas, encontrará usted abierta la verja del jardín, esta noche, á las doce, cuando la criada y los niños duermen y es la hora á que yo me acuesto...»

«Mi preciosísimo Antonio: Tendremos que moderarnos. ¿Adónde iríamos á parar? He pensado el plan semanal siguiente: ¿Lo cumplirás, por tu parte? Nos veremos: el domingo, en misa y en casa de Julia, y luego, á dormir; el lunes, juntitos; el martes, en el cine y en casa de Julia; el miércoles, juntitos; el jueves, en la Moncloa;

COPLAS DEL CORAZON



—¡Amor, cómo nos pones! Diez y seis años y ya lo tengo atravesado.

el viernes, juntitos, y el sábado, en la Zarzuela y en casa de Julia. Como siempre es tarde cuando salgo de casa de nuestra buena amiga Julia, ya sabes que no debes dejarme volver sola á mi casa, para recogerme...»

«Señor don Fulano de Tal: Es usted un desaprensivo, un insolente. Parece increíble que se haya usted atrevido á hacer semejantes proposiciones á una señora casada con un hombre del genio de mi marido...»

«Mi entrañable amiga Mercedes: Sabes que no te oculto nada, como haces tú para mí. Lo que te voy á contar, tiene gracia. Pedí á Ramón que se retratara, el mes pasado, y así lo hizo, mandándome luego

unas fotografías de medio cuerpo. Estaban bien hechas; pero no me gustaban de medio cuerpo. Hoy he recibido otros retratos *complementarios*; no de cuerpo entero, pásmate: sino de medio cuerpo abajo. ¡Será guasón! Pues, mira: lo he conocido inmediatamente...»

«Cerido Aniceto, le he quitao ala senorita una taljeta de las que eya le manda á su Amante y que uele muy bien, y como eya sita con estas taljetas á ese que le abla, quiere decil que nos beremos alas nuebe en esa casa de tu Tía que te cuesta una peseta...»

«Mi adorada Elena: No sé qué me pasa, que no puedo estar sola. Te espero hoy; tú eres mi único consuelo. ¿Faltarás? Vcy á quedarme en cama toda la tarde; por lo cual, Félix se irá al casino, como *comprenderás*, y así podré recibirte mejor...»

«Pepe: Mi marido me acecha; se lo estoy notando muy claramente. Me ha dicho durante el almuerzo, que mañana piensa

ir con unos amigos á probar un *auto*. Mañana no nos veremos, naturalmente. Espérame esta tarde, de cuatro á cinco; hay seguridad absoluta á esa hora. Y mañana, cuando él se marche á probar el *auto* y vuelva luego con un pretexto, se convencerá de mi inocencia...»

El cætera,

J. PEREZ RAMIREZ

... Y vamos tirando.

—¿Sabe usted de cuántas partes se componen los mamíferos?

—Sí, señor; y usted, ¿lo sabe?

—¡Ya lo creo!

—Pues, amigo, si lo sabe usted, entonces, ¿para qué quiero decirselo?

Luis ESTESO

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

EL ARTE

Academia de couplets.

Impostación de la voz.

Canto y declamación lírica.

Repertorio de Ópera y Zarzuela.

Se escriben couplets

ad hoc, del género que se deseen.

PRECIOS MODICOS

Jacometrezo, 80, entresuelo derecha

Horas: de 10 á 1 de la mañana
y de 3 á 8 de la noche.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

**MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.**

Catálogo gratis enviando sello.

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"
Calle de Santa Isabel, 45.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

COLECCIÓN JOCOSA-PICANTE

La biblioteca más á propósito para la gente regocijada y de buen humor, no hay duda que la constituye esta COLECCIÓN JOCOSA-PICANTE; y buena prueba de ello la da el éxito que ha merecido desde su aparición.

TÍTULOS PUBLICADOS

Cuentos picantes, por el Abate Verdirrojo.

Gracias y desgracias del ojo del c..., por D. Francisco de Quevedo.

Boccaccio, *Sus cuentos más picantes*.

El libro verde, por D. Francisco de Quevedo.

Los epigramas más picantes de la lengua castellana.

Los cuentos más picantes de Luis XI.

Cada volumen forma un tomo elegante, tirado en buen papel, con cubierta á tres colores.

50 céntimos el tomo.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioskos de España y América. Remiten lo su importe en forma de fácil cobro, por Giro postal ó en sellos de franqueo de España, se enviarán por colecciones ó sueltos. De deseárselos certificados, hay que añadir 25 céntimos

Dirigirse á

B. Bauzá. Aribau, 175, Barcelona.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídale gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librería, Jacometrezo, 80, 4.ª derecha, Madita* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca pifvada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.